
II

Obligar á unos obreros á que trabajen treinta y siete horas sin descansar y sin dormir, es propio de un hombre cruel y que desconoce sus mismos intereses. Sin embargo, de continuo vemos que así se dilapidan con insensatez vidas humanas.

Frente á la casa donde habito hay una fábrica de sederías, dónde se ha puesto en planta todos los perfeccionamientos de la técnica moderna. Tres mil mujeres y setecientos hom-

porque no son para nosotros sino las consecuencias inevitables de un orden de cosas que debemos sostener.

Sé que en una fundición metalúrgica del gobierno de Tula, los obreros empleados en los altos hornos, para poder disponer de un domingo cada quince días, consienten al acabar el trabajo, en permanecer en sus puestos durante toda la noche del sábado, es decir, en no dejar el taller sino después de veinticuatro horas de trabajo continuo. Puedo decirlo porque lo he visto yo mismo. Esos hombres que se ven obligados á beber aguardiente para sostener su energía, antes de poco tiempo, lo mismo que los cargadores del ferrocarril de Kazan, habrán derrochado todo lo supérfluo y hasta la última reserva de su fuerza vital.

¡Nada digo de esos desdichados que

ejercen profesiones reconocidamente insanas: los tipógrafos envenenados por el polvo de plomo, los obreros que azogan espejos, los cerilleros, confiteros, vidrieros, mineros y tabaqueros!

Las estadísticas dicen que en Inglaterra, la duración media de la vida es de cincuenta y cinco años para los hombres de las clases altas, y de veintinueve sólo para los dedicados á trabajos insalubres.

Sabemos todos, pues no podemos ignorarlos, los terribles efectos de la industria moderna. Parece, pues, inadmisibile que seamos tan crueles como bestias feroces, para aprovechar un trabajo funesto á tantas vidas humanas, sin perder para siempre el reposo de nuestra conciencia. Sin embargo, nosotros que vivimos en la abundancia, que hablamos de libera-

lismo y de humanidad, que decimos compadecer á los otros hombres, y hasta á los animales, no pensamos sino en aumentar nuestras riquezas, es decir, á aprovechar más y más ese trabajo asesino, y no cesamos de ver transcurrir días dichosos en la más perfecta calma.

¿Sabemos por acaso que en alguna parte hay obreros que trabajan treinta y siete horas seguidas y que tienen por todo abrigo una sala incómoda é insana?

Enviamos inmediatamente allí á un inspector bien retribuído, y prohibimos que el trabajo dure más de doce horas consecutivas, dejando por otra parte, que aquellos á quienes privamos así de un tercio de su salario habitual, se las arreglen como puedan para hacer frente á sus necesidades. Obligamos á la administración del

ferrocarril á construir una sala de descanso, cómoda y espaciosa, para sus obreros; luego, acallada por tanta actividad la voz de nuestra conciencia, continuamos tranquilamente embolsando sueldos, dividendos y rentas de los inmuebles y de las tierras... ¿Sabemos que en una fábrica de seda hay mujeres y jóvenes que separadas de su familia, rodeadas de seducciones vergonzosas, arrojan al azar su existencia y la de sus hijos, que la mayoría de las planchadoras que lavan nuestras camisas almidonadas y los compositores que imprimen para nuestro recreo libros y más libros, mueren tuberculosos?

Nos contentamos con encogernos de hombros y declarar que es todo muy lastimoso y nada podemos hacer, y sin que se turbe la paz de nuestra conciencia, persistimos en comprar

telas de seda, en llevar nuestras camisas almidonadas y en leer libros y periódicos. Por otra parte, es verdad que nos cuidamos de asegurar el descanso á los empleados de comercio, y en impedir que nuestros niños se cansen demasiado en los gimnasios; prohibimos severamente á los conductores de carruajes que hagan arrastrar por sus caballos cargas harto pesadas, y cuidamos de que en los mataderos se apliquen los últimos adelantos de la ciencia, á fin de que las reses padezcan poco antes de morir. ¿Qué singular ceguera nos impide ver la miserable suerte de esos millones de obreros que pagan con la vida su trabajo, con muerte lenta, y á menudo dolorosa, para procurarnos comodidades y goces?

III

Creo haber encontrado la única explicación que puede darse de tal ceguera. Cuando los hombres se han apartado del bien, imaginan siempre alguna concepción general del mundo que cohoneste sus acciones, representándoles como los instrumentos necesariamente dóciles de una fuerza superior que se les impone. Por eso, se decía en otro tiempo que Dios, en

sus designios impenetrables é inmutables, había impuesto á los unos el trabajo y la pobreza, y asignado á los otros el goce de los bienes de este mundo. Sobre tal tema se ha escrito mucho, y mucho se ha predicado. Siempre se ha vuelto á él para variar sus aspectos y deducir cada vez conclusiones nuevas. Primeramente se dijo que Dios creó á los hombres de diversa condición—esclavos y amos—y que unos y otros debían sentirse satisfechos de su estado; se añadió después que los esclavos serían más dichosos en un mundo futuro; se reconoció más tarde que aunque fueran esclavos y no debieran salir jamás de esa situación inferior, podían esperar, aquí abajo, de la bondad de sus amos un alivio de situación; por fin, después de la abolición de la servidumbre, se cambió por última vez

de actitud, declarando que al dar fortuna á algunos hombres, Dios les había impuesto como deber, emplear una parte de ella en obras de caridad, y que, por consiguiente, ni la fortuna ni la pobreza tenían por sí mismas nada de escandalosas.

Los pobres y los ricos, los ricos sobre todo, aceptaron por buenas estas afirmaciones durante mucho tiempo. Pero llegó un día en que parecieron insuficientes, en especial á los miserables, que empezaban á comprender su verdadera situación. Se necesitaba una nueva teoría. Apareció oportunamente. Esta vez la proporcionaba la ciencia, la economía política, que pretende haber hallado leyes, según las cuales se sabe como debe repartirse entre los hombres el trabajo y el goce de sus productos. Se nos enseña hoy día, que tal reparto depen-

de de la oferta y la demanda, del capital, de la renta, del valor de la mano de obra, del beneficio, etc., en una palabra, del conjunto de leyes necesarias que rigen el encadenamiento de los hechos económicos.

Sobre tal tema se han dado en algunos años tantas lecciones, escrito tantos folletos y libros, como antes se habían redactado tratados y pronunciado sermones, para exponer los antiguos principios. Todavía no ha acabado la propaganda; las lecciones se siguen unas á otras, los libros forman montón. Todas esas obras, todos esos escritos, como los tratados y sermones que precedieron, son nebulosos é incoherentes; pero por lo mismo muy propios para realizar plenamente el fin que se proponen sus autores. Ofrecen á algunos privilegiados una teoría que justifica el estado de cosas

actual y les anima á proseguir apaciblemente su vida de pereza, y á aprovechar como en otro tiempo el trabajo de los demás hombres.

Verdad es que para fundar esta ciencia dudosa, no se ha interrogado los datos de la historia universal en su conjunto; se contentaron sus fundadores con examinar la situación económica de Inglaterra á fines del siglo XVIII y á principios del XIX, es decir, á estudiar un período restringido de la historia de una nación pequeña, sometida, por lo demás, á la acción de causas tan excepcionales, que no permiten generalizar los resultados de esta observación.

Pero el aspecto visiblemente incompleto de esos estudios no ha impedido que se tuviera entera confianza en las conclusiones de los economistas. Sus discusiones interminables

y sus continuos desacuerdos sobre la definición de la renta, del valor y de los beneficios, no han comprometido el éxito de su enseñanza. Pocos han visto que no llegaban á entenderse sino sobre la proposición siguiente, fundamento de su pobre ciencia: las relaciones entre los hombres se determinan, no por las ideas del bien y del mal, sino por los intereses de una clase privilegiada.

En nuestra sociedad se ha constituido un grupo numeroso de gente interesada que quita á los obreros, por actos de verdadero bandolerismo y de robo, todo el producto de su trabajo. Guardémonos, sin embargo, de acusar á esa banda rapaz. Obedece á leyes económicas necesarias, que pueden transformarse, es verdad, pero únicamente por evolución lenta, que la ciencia es la única que puede pre-

ver. Así, pues, todos los que espían, todos los que roban ó encubren el producto de estas rapiñas, quedan absueltos por la ciencia, y pueden continuar gozando de lo que adquirieron por la violencia ó por la astucia. Eso es una verdad que todos nuestros economistas reputan indiscutible.

Antiguamente, pocos fueron los hombres iniciados en las sutilezas de las doctrinas teológicas. Igualmente, hay pocos entre nosotros que conozcan en detalle las teorías tranquilizadoras de la ciencia contemporánea. Pero sabemos que ésta existe, y que, sabios y hombres de gran inteligencia, por medio de pruebas ciertas, que cada día fortalecen con nuevas demostraciones, han definido el carácter necesario del orden social presente, y que, por lo tanto, pode-

mos con perfecta tranquilidad gozar de las ventajas que nos asegura, sin preocuparnos de cambiarlo en lo más mínimo.

Tal es, á juicio mío, la única explicación que cabe dar de esa ceguedad sorprendente que inutiliza toda la bondad de los hombres más sensibles, que resultan compasivos para los animales, y asesinos despiadados de sus hermanos.

IV

Durante muchos siglos se pudo apaciguar las rebeliones del pueblo, hablándole de voluntad divina; entraba en los designios de Dios que algunos hombres fueran los señores todopoderosos de sus semejantes. La dureza de los amos hallaba en tal teoría una justificación y nuevos alientos. Pero un día los que estaban can-